

LA LIBERTAD RELIGIOSA Y LA REFORMA PROTESTANTE: LAS CORRIENTES ESPIRITUALES DERIVADAS DEL PROTESTANTISMO (I)

Si bien, como hemos visto en otro lugar*, la Reforma en sus fuentes no significó avance alguno en el campo de la comprensión hacia los disidentes de la propia confesión; no obstante, el individualismo religioso, que actuó como concausa en su nacimiento, dio ocasión a manifestaciones secundarias de espiritualidad, que desembocaban en un cierto irenismo. Entre ellas podemos citar, como las más destacadas, el llamado «espiritualismo místico», la corriente pacífica del anabaptismo, el sobrenaturalismo racional de Castellión y los socinianos, y el movimiento baptista del separatismo inglés.

Veamos, aunque sólo sea muy someramente, las líneas generales del pensamiento religioso y de la tolerancia en cada uno de estos grupos protestantes.

En este comentario vamos a tratar del primero de ellos.

A) EL ESPIRITUALISMO MÍSTICO

Con este nombre suelen designarse diversas manifestaciones de subjetivismo religioso, que brotaron en el campo de la «libertad cristiana». Representan una reacción contra la organización de las Iglesias de Estado y contra el absolutismo de la Biblia. El único maestro de las almas —dicen— es el Espíritu Santo; la auténtica verdad cristiana consiste en la unión con el Espíritu y en la docilidad a su acción.

Reducida así la religión al cuadro interior del más exagerado individualismo, bajo la acción íntima y directa del Maestro divino, cualquier pretensión de control exterior, sea de una Iglesia institucional, sea del príncipe, sea incluso de la propia «letra» de la Biblia, debe ser rechazada como contraria al libre juego del Espíritu en las almas y, en consecuencia, toda coacción exterior debe ser condenada.

No faltan, a veces, matices auténticamente racionalistas en el desarrollo y demostración de estas ideas; por lo que, en ocasiones, la tolerancia universal, que predicán, no es ajena a un cierto indiferentismo dogmático. Sin embargo, su insistencia en apo-

* Véase nuestro trabajo «La libertad religiosa y la Reforma protestante: los Reformadores», en *La evolución del Derecho en los diez últimos años*, Universidad de Málaga (Madrid, Tecnos, 1992), pp. 200-219.

yarse siempre en la acción del divino Espíritu los aleja de la línea de la *Aufklärung*, aunque ciertamente desembocarán en el deísmo y naturalismo del «siglo de las luces».

El espiritualismo místico aparece en individuos aislados. No llega, de acuerdo con sus principios, a constituirse en secta. Todo lo más, y esto contra la voluntad del pretendido fundador, se formarán algunos grupos, como en el caso de los «schwenckfeldianos».

Los principales representantes, por orden cronológico de aparición, son: Sebastián Franck (1499-1542), Gaspar Schwenckfeld (1489-1561), Valentin Weigel (1533-1588) y Jacob Böhme (1575-1624).

1. Sebastián Franck

De ellos el más influyente, sin duda, por la difusión de sus numerosos escritos fue Franck. Ordenado sacerdote para la diócesis de Augsbourg en 1524, pronto se pasa a la Reforma, creyendo encontrar en el luteranismo la liberación total del cristiano respecto de toda religiosidad exterior (autoridades eclesiásticas, ritos, fórmulas de fe). En 1528 lo vemos convertido en pastor de Güstenfelden (Nüremberg). Pero más pronto aún decaerá esta nueva ilusión¹.

En 1529, tras una corta estancia en Nüremberg —donde contrajo matrimonio—, lo vemos ya en Strasbourg dedicado a la preparación de su nuevo evangelio. En 1530 publica su *Chronica und Beschreibung der Turkey*; en 1531, su *Crónica o Biblia de la Historia*. Expulsado de la ciudad, se refugia en Ulm, donde continúa su producción literaria: *Paradoxa* (1534), *Germania Chronica* (1538), *Die Guldin Arch* (1538), *Das verbuthschiert mit sieben Sigeln verschlossen Buch* (1539). Nuevamente expulsado en 1539, marcha a Basilea, donde muere en 1542.

Su mensaje es de un *individualismo externo*. Atento únicamente a la experiencia religiosa personal, toda forma histórica de religión no es para él sino un sustituto degradante de la auténtica religiosidad. Por lo mismo ataca en sus escritos la interpretación literal de la Biblia y toda clase de organización eclesiástica. De aquí brota su idea de la tolerancia universal.

La *Sagrada Escritura* para Franck es sólo una «alegoría externa», que se repite constantemente en la historia:

«... la caída de Adán, el árbol de la sabiduría, la penitencia, incluso la muerte, la vida, la pasión, la resurrección de Cristo son, a su modo, acaecimientos de todos

1 «Cuatro motivos —escribe el P. Lécler— parecen haberlo alejado definitivamente del luteranismo y de toda confesión organizada: 1.º la polémica de Lutero con Erasmo sobre el libre-albedrío, polémica en la que Franck se puso de parte de Erasmo; 2.º los horrores de la guerra de los campesinos y la persecución violenta de los anabaptistas: él piensa hacia 1530 que dos mil de estos 'herejes' habían sido enviados a muerte; 3.º el fracaso de la Reforma en el campo moral, en razón misma de la doctrina de la salvación por la fe sin obras; 4.º el espectáculo de las múltiples divisiones provocadas por el nuevo evangelio, vindicando para sí cada una de las sectas el monopolio de la verdad» (*Histoire de la tolerance au siècle de la Réforme*, t. I, p. 178).

los días. Lo mismo ocurre con toda la historia de la Biblia: el mundo entero tiene sus faraones, sus Pilatos, sus fariseos, sus escribas, que continuamente crucifican a Cristo en ellos mismos, aunque esto no sea exteriormente según la letra de la Historia...»².

Las palabras y las sílabas son incapaces de expresar adecuadamente la verdad divina. Con la letra hicieron morir los fariseos a Cristo porque enseñaba y vivía contra la letra de la Escritura. La letra es la espada del Anticristo, con la que éste ha hecho la guerra a los santos y los ha llevado a la muerte³. Por atenerse a tal o cual expresión de la Escritura nacen asimismo las sectas y las divisiones entre los cristianos⁴.

Restablecer los templos, las imágenes, los ritos exteriores es volver a la letra y ahogar el espíritu del Evangelio:

«Como el Nuevo Testamento no es otra cosa que el Espíritu Santo, una buena conciencia, una caridad sin afectación, un corazón puro, una vida inocente, la justicia del corazón, que viene de una fe no aparente, debe existir solamente en espíritu y no acomodarse a ningún fasto exterior ni a ningún culto ceremonial, para no regresar de Cristo a Moisés»⁵.

Lógica deducción de estos criterios es su opinión sobre el cristianismo:

«El *cristianismo* no es ni una secta ni un orden ni una regla sobre la tierra; no es otra cosa que una fe libre, leal, que opera por la caridad, germina y produce fruto. Por esto tenemos en el Nuevo Testamento toda cosa sobre el Espíritu, pero ningún mandamiento sobre cosas exteriores, como días, vestidos, alimento, ayunos, plegarias, sacramentos. Hasta tal punto quiere tenernos libres Dios, incluso respecto de su propia ley, que quiere que no hagamos nada por necesidad sino todo libre y voluntariamente...»⁶.

Permanece fiel al primer concepto de la iglesia luterana invisible:

«La *Iglesia* no es ni un pueblo particular ni una secta, a la que se pueda señalar con el dedo, una secta que estaría ligada a un tiempo, a una persona o a un lugar; es una iglesia espiritual, invisible, compuesta de todos aquéllos, que han nacido de Dios ... es una comunidad en la que nosotros creemos y que no vemos más que con los ojos espirituales del corazón y del hombre interior. Es la reunión y la comunidad de los hombres que temen a Dios, que son dulces de corazón, que están dispersos en el mundo entero y unidos por el Espíritu Santo en la paz de Dios gracias al lazo del amor. Fuera de ella no hay ninguna salvación, ningún Cristo, nin-

2 *Paradoxa*, nn. 106-108, ed. Ziegler (Iena, 1909), p. 141.

3 *Ibidem*, prefacio, n. 4, pp. 4-5.

4 *Ibidem*, n. 7, p. 7.

5 *Ibidem*, n. 89, pp. 118-119.

6 *Chronica*, ed. 1585, p. 471.

gún Dios, ninguna inteligencia de la Escritura, ningún Espíritu Santo, ningún Evangelio»⁷.

Los miembros de la Iglesia permanecerán siempre diseminados en todas las iglesias visibles, sectas, religiones. Están ligados entre sí únicamente por el Espíritu; toda tentativa de unidad exterior destruiría la unidad espiritual, la unidad verdadera. Mucho menos se ha de buscar este lazo en la Biblia, ya que la letra divide más bien que une»⁸.

De ahí que se imponga la *tolerancia universal*. A ejemplo de Dios, que se muestra «imparcial» respecto de todos los hombres, «sin acepción de personas, de nombres y de pueblos», repite Franck en todos sus escritos que él así la practica. Hay en él una cierta tendencia hacia el moralismo, al estilo de los humanistas: «Yo no pregunto al hombre lo que cree sino cómo vive»⁹. Su punto de vista respecto de los demás es definitivo:

«Para mí una verdad es una verdad y yo la amo, Dios lo quiera, cualesquiera sean los que la dicen, incluso los herejes, y yo pido a Dios que o bien cubra y perdone sus errores o bien que se los haga ver a fin de que ellos los reconozcan y los abandonen. Hasta tal punto estoy acostumbrado a los errores y a los descuidos en todos los hombres, que yo no odio por su causa a ningún hombre sobre la tierra, sino que deploro, reconozco y veo en ellos mi propia miseria y condición»¹⁰.

«Para mí —diría en su *Libro sellado de los siete sellos*— quien me quiere bien y puede sufrirme a su lado es un buen humano, sea papista, luterano, swingliano, anabaptista o incluso turco; aun cuando no tengamos los mismos sentimientos; atendiendo a que Dios nos reúne a todos en su escuela y en una misma fe...»¹¹.

Dentro de sus concepciones ciertamente erróneas, bajo un punto de vista dogmático, no deja de impresionar esta disposición sana de auténtico amor y profunda comprensión hacia los demás, que parece prologar el verdadero humanismo cristiano, que alienta a los mejores espíritus de nuestro siglo xx.

2. Gaspar Schwenckfeld

Había nacido en Silesia. Hombre muy cultivado, conocedor de las corrientes espirituales medievales y de su tiempo, fue atraído por la doctrina luterana y pasó a la Reforma en 1521. Por aquel tiempo servía en la corte de Federico II, duque de Liegnitz. En la nueva fe empezó como predicador laico de su propia tierra natal.

7 *Paradoxa*, prefacio, nn. 8-9, pp. 8-9.

8 Cf. Lécler, *o. c.*, p. 184.

9 Cf. *Paradoxa*, prefacio, n. 9, ed. Ziegler, pp. 9-10.

10 *Chronica*, ed. 1585, prefacio, f. 4v.

11 *Das verblüthschiert mit sieben Sigheln verschlossen Buch*, 1539, p. 427 b.

Pronto, empero, le desilusionó la mediocridad de la vida moral en los evangélicos. Incluso discutió con Lutero (1525) sobre la doctrina de la consustanciación y la facilidad con que eran admitidos los fieles a la Eucaristía. El año 1526 fue considerado por Schwenckfeld como una «visita de Dios» (*Heimsuchung Gottes*). A partir de este momento se desliga de toda organización y de todo magisterio eclesiástico para entregarse, como Franck, a un espiritualismo místico y su vida es un continuo peregrinar hasta su muerte en Ulm (1561).

La orientación de Schwenckfeld es paralela a la de Sebastián Franck, con quien se había relacionado en Strasbourg. En una serie realmente abundante de cartas y escritos polémicos defiende, contra Lutero, el valor histórico-temporal de la revelación escrita¹². Ni el mismo Cristo pretendió dar una revelación definitiva¹³. El Espíritu Santo sopla donde quiere, como quiere y del modo que quiere; «mucho menos que el viento, no se deja agarrar, dominar, aprisionar»¹⁴. Igual que lo hizo en otro tiempo, el Espíritu Santo puede hoy manifestarse a los hombres: la fe es un «don libre del Espíritu Santo, un don libre de Dios»¹⁵. De ahí que, para los que son dirigidos por el Espíritu Santo «la coacción de conciencia, la formulación de artículos, la enseñanza de una legislación humana no tienen nada que ver con las cosas de la fe»¹⁶.

Por consiguiente, la religión tiene un carácter invisible¹⁷, la Iglesia cristiana universal tiene que ser necesariamente invisible:

«Ella (la Iglesia) no se deja limitar a un tiempo, a una comunidad cristiana exterior, a un pueblo particular de Dios; sino que existe en todo lugar donde hay un verdadero conocimiento de Dios y de Cristo, la fe en el Hijo de Dios, la ciencia según el Espíritu Santo»¹⁸.

De ahí que proteste contra toda pretensión de imponer una determinada fe, máxime cuando ella procede del poder civil¹⁹, aunque éste resida en el emperador²⁰.

Hay, sin embargo, *dos notas peculiares* en la doctrina schwenckfeldiana sobre la tolerancia:

1) Su concepción particular sobre la *libertad de conciencia*. Distingue, en primer lugar, sobre «mala» y «buena conciencia». «Mala conciencia» es la del pecador, la conciencia carnal. Cuando esta conciencia mala ha sido purificada por la sangre de Cristo y regenerada por el Espíritu se cambia en «conciencia buena». Ahora bien, la

12 «La Biblia no es en sentido estricto la Palabra de Dios, no es más que el eco, el eco lejano de esta divina Palabra a los patriarcas, a los profetas, a los apóstoles» (*Corpus Schwenckfeldianorum*, C.S., t. XIII, Leipzig, 1909-1939, pp. 896-897).

13 C.S., p. 962, comentando a Jo. 16, 12-13.

14 *Die erste Theil der christlichen orthodoxischen Bücher*, C.S., s. I., 1564, p. 968.

15 C.S., p. 966.

16 C.S., p. 968.

17 C.S., t. II, p. 596.

18 Mss. de Berlín, citado por K. Ecke, *Schwenckfeld, Luther und der Gedanke einer apostolischen Reformation* (Berlín, 1911) 225.

19 Carta a Leo Jud (3 marzo 1533): C.S., t. IV, pp. 752-753 y 837-838.

20 Carta a Santiago Sturm (1549): C.S., t. XI, p. 599.

libertad de conciencia es una prerrogativa de esta conciencia regenerada y tiene por objeto el uso de las cosas externas. De este modo las buenas conciencias, obedeciendo interiormente la inspiración del mismo Espíritu, pueden, no obstante, comportarse de modo diferente respecto de las cosas exteriores. La libertad de conciencia reside en esta libre elección, que el Espíritu deja a sus fieles en el terreno de las cosas exteriores. Es algo así, dice él, como en el mercado: todos van allí a vender o a comprar, pero cada uno procede después del modo más apropiado a sus necesidades²¹.

2) A diferencia de la tolerancia universal de Franck, la tolerancia de Schwenckfeld se dirige *sólo a los cristianos*. Al menos, así parecen exigirlos estos textos:

«Aunque hasta aquí, después de la visita divina (1526), yo no estoy adherido a ningún partido ni a ninguna Iglesia para el uso de los sacramentos; y, aunque yo no pueda someterme a hombres que dominan mi fe, yo no desprecio a ninguna Iglesia, a ningún hombre, a ninguna autoridad ni a ningún pastor... yo no pido sino ser el amigo y el hermano de todo hombre, que tiene celo por Dios, que ama a Cristo de todo corazón, se ajusta a su verdad y se aplica a la piedad»²².

«Yo estoy dispuesto a ser tolerante, a vivir en paz con todo hombre, que busca a Cristo y su verdad, con tal que él deje libres mi fe y mi conciencia»²³.

Y, consecuente con sus ideas, no duda en visitar en su prisión de Strasbourg al anabaptista Melchor Hofmann y de defender en general la causa de los anabaptistas, aun a sabiendas de que, con esta actitud, se ganaba la indignación de casi todos y la sospecha de pertenecer a dicha secta. Así escribe en 1528 a Bucer, antes de haber roto con el dirigente luterano:

«Te ruego insistentemente, mi querido Bucer —y lo mismo digo a Capito—, que seas más clemente con respecto a estos desgraciados anabaptistas. No arrojéis aceite al fuego con vuestras palabras y vuestros escritos; bastante gente hay ya excitada contra estos pobres alucinados. Yo no tengo relaciones con los anabaptistas... pero, siempre que he podido, he impedido que sean afectados por un edicto público de nuestro príncipe (el de Silesia). Si ellos deben volver a nosotros, pienso que serán convencidos más bien por la dulzura que por la violencia. Aun cuando ellos rehúsen cambiar de parecer, convendría apartarlos de las gentes piadosas, no por el fuego sino excomulgándolos y desenmascarando sus errores»²⁴.

3. *Valentin Weigel y Jacob Böhme*

Ambos mantienen las líneas generales del espiritualismo místico en su época. Sirven de puente entre Franck y Schwenckfeld y el pietismo de los siglos xvii y xviii.

21 C.S., t. III, pp. 440, 459; cf. Lécler, *o. c.*, p. 193.

22 Carta a Felipe de Hesse (mayo 1534): C.S., t. V, p. 100.

23 Carta a F. de Hesse (5 enero 1542), en J. L. French, *The correspondence of C.S. of Ossig and the Landgrave Philip of Hesse* (Leipzig, 1908) 20; cit. en Lécler, *o. c.*, p. 194.

24 Carta del 3 de julio de 1528: C.S., t. III, p. 79.

Weigel (1533-1588) fue pastor de Zschopau y vivió aparentemente dentro de la ortodoxia luterana hasta su muerte. Sólo después de ella se manifestó en los manuscritos legados a sus herederos como tal espiritualista místico, dentro de la línea de Franck y otros místicos alemanes.

Su obra principal fue su *Dialogus de Christianismo*. Se manifiesta anticlerical a ultranza y rechaza toda interpretación literal de la Biblia. El único maestro del cristiano es el Espíritu Santo. «La santa Iglesia, unida en la fe y el amor, es invisible». Todo recurso a la fuerza es inadecuado. El magisterio cristiano no tiene más que un deber: obedecer a Cristo, como cualquier otro fiel, y respetar la fe en los demás ²⁵.

Jacob Böhme (1575-1624), como silesiano, está ligado más bien a la corriente schwenckfeldiana. Aunque seglar (zapatero), su doctrina tiene mayor originalidad e influencia.

Mantiene la tesis común sobre la invisibilidad de la Iglesia y la «temporalidad» del mensaje bíblico. Siguiendo a Schwenckfeld, admite la posibilidad de ulteriores revelaciones, tan valiosas como las de la Escritura.

El problema de la tolerancia universal es para él una exigencia de esta libre manifestación del Espíritu. «El santo tiene su Iglesia en todos los lugares cerca de él y en él». Dentro de esta unidad esencial de fe y amor en el Espíritu, nada importan las diversas sectas y sus fórmulas, a las que puede libremente adscribirse: como la variedad de las flores no les impide abrirse cada mañana al sol, a la lluvia y al viento, al calor y al frío..., «así ocurre a los hijos de Dios»; como los distintos pájaros en el bosque agradan al Espíritu, aunque todos juntos no formen una «armonía perfecta». Los que disputan con un hermano sobre cuestiones de saber y de doctrina son como esos pájaros pendencieros, que se enfrentan a los otros y los obligan a callar, en lugar de cantar con todos la gloria de Dios ²⁶.

Dentro, pues, del más radical adogmatismo, Böhme predica la convivencia pacífica de todos los cristianos, ridiculizando todas las querellas confesionales y teológicas y reduciendo la fe al amor y a la vida en Dios ²⁷.

Francisco de P. Vera Urbano
Universidad de Málaga

25 Cf. Lécler, *o. c.*, pp. 195-197.

26 *De regeneratione*, VII, 14: *Obras* (ed. Schiebler, 7 vols., Leipzig, 1831-1847), t. I, p. 126.

27 Cf. Lécler, *o. c.*, pp. 197-199.